

propuestas para un proyecto argentino



Publicación del Instituto para el Modelo Argentino Nº 9

Basavilbaso 1378, 3° "H" - (54 11) 4328 3923 - www.sitioima.com.ar - correo@sitioima.com.ar

EN LA AMÉRICA DEL SUR HAY ESPACIO PARA EL PLENO EMPLEO

POR JOSÉ LUIS DI LORENZO *

Pensar el desempleo como una cuestión estructural e insuperable tanto para nuestra Argentina como para nuestra América del Sur no es real.



"O se procede a un reordenamiento geopolítico y a una producción suficientemente organizada y distribuida o será preciso recurrir a la supresión biológica como consecuencia."

Juan Domingo Perón
El problema de la liberación.
Madrid, 1971.

André Gorz sostiene que la evolución hacia el fin de la "sociedad del trabajo" es un hecho irreversible, porque el grado de evolución actual del capitalismo no posibilita el suficiente trabajo remunerado, estable, de tiempo completo, y legalmente protegido, por lo que plantea una política de "ingreso ciudadano" de bases universales que no exija para los beneficiarios la realización de ninguna clase de trabajo.

Pierre Rosanvallon, por su parte, también propone atacar la exclusión con un "ingreso ciudadano", pero condicionado a la realización de una contraprestación laboral por parte de los beneficiarios, construyendo un nuevo Estado providencia "activo" obligado a repensar la solidaridad y los derechos sociales.

La idea del ingreso ciudadano ha sido planteada en la Argentina con matices, ya sea dirigida a los grupos sociales de elevado grado de vulnerabilidad a la exclusión, o bien como un ingreso básico universal, directamente dirigido a todas las personas en forma incondicional, sin requisito alguno, como el de desempleo, incapacidad laboral, aporte previsional, aporte social, o ser pobre.

Lo más novedoso que tiene esta propuesta es su denominación y generalización, porque en el ingreso ciudadano universal se propone que hasta los ricos lo cobren. Desde el Montepío (fondo de caridad) hasta la instauración de la Seguridad Social encontramos situaciones parecidas que transitaron entre lo asistencial y lo prestacional, como la ayuda a los pobres, las pensiones sociales (no contributivas), los subsidios a los desempleados y a los pobres, pensiones contributivas, asignaciones familiares, entre otras.

Pero toda forma de asistencialismo permanente y estructural es funcional a quienes se apropiaron –y quieren seguir haciéndolo– de los recursos sociales. Qué mejor para que los bancos continúen con su usurario negocio de fondos de pensión que el Estado les pague a todos los mayores, con aportes o sin ellos, un salario mínimo de subsistencia. Qué mejor para los prestadores privados que el Estado pague una mínima cobertura médico-asistencial. Qué mejor para los empleadores un salario mínimo garantizado para todos los ciudadanos y un techo salarial fijado por el elevado nivel de desocupación. El asistencialismo es lo querido >>>>

FLEXIBILIDAD LABORAL Y RIGIDEZ MONETARIA

POR ANDRÉS MUSACCHIO *

En el fondo, la integración suele plantearse como un instrumento para ganar competitividad, en el marco de una economía internacional que no logra sortear la crisis.



Muchas veces, el debate sobre la integración olvida preguntas tan centrales como el por qué y el para qué del proceso. Cuando las economías de una región se encuentran en una etapa ascendente del ciclo, los beneficios de la integración pueden confundirse con la expansión general. Al revés, en las etapas descendentes, los problemas de la integración suelen explotar con más fuerza. La extensión de la jornada de trabajo en dos establecimientos de Siemens en Alemania, bajo la amenaza de desplazar la producción a Hungría, es uno de esos fenómenos.

El planteo de Siemens se basa en la idea de que los costos laborales alemanes son demasiado altos y, por lo tanto, restan competitividad a la empresa. Desde esa perspectiva, los únicos ajustes posibles son la disminución de salarios o la extensión de la jornada de trabajo. La reducida gama de alternativas tiene que ver, sin embargo, con los resultados de la integración y con el tramo del ciclo económico. Para el futuro del Mercosur es clave entender esos vínculos.

Los límites de la unión monetaria

La unión monetaria elimina la posibilidad de absorber problemas de balance de pagos nacionales por medio de ajustes cambiarios. De esa manera, se cierra una vía importante de ajustes en la competitividad.

Cuando esos problemas se originan, por ejemplo, en movimientos internos de los precios relativos o en cambios en la estructura productiva de los socios que incrementan la productividad, una de las pocas vías de escape es el ajuste salarial. Más grave aún es el escenario, cuando se parte de asimetrías notorias en materia de tiempo de trabajo, salarios, desocupación o, como ocurre en el Cono Sur, del porcentaje de población efectivamente incorporada a los circuitos formales.

Esto podría solucionarse también con una mejor coordinación. Sin embargo, las pautas de coordinación en una unión monetaria se centran en la estabilidad, poniendo cotas en materia de gasto público, déficit fiscal o nivel de endeudamiento. Queda entonces poco margen para políticas anticíclicas o que estimulen transformaciones estructurales profundas. Vale decir, se enfatiza en las variables monetarias más que en las productivas. Cuando el contexto es depresivo, no hay instrumentos adecuados para reactivar y los ajustes del mercado suelen profundizar la recesión, como lo muestra el caso de Siemens.

Repensar la integración

Es que, en el fondo, la integración suele plantearse como un instrumento para ganar competitividad, en el marco de una economía internacional que no logra sortear la crisis. Se trata de mejorar la competencia entre países a los que se piensa en combate permanente. Poco se reflexiona, en cambio, sobre la idea de una integración en la que se estimule la complementariedad a partir de una transformación productiva que impacte especialmente sobre la productividad y la capacidad de expansión.En ese sentido, los traumáticos ajustes de Eurolandia nos advierten sobre caminos riesgosos para el Mercosur. Pensemos primero un sendero de desarrollo económico y social nacional y regional, en el que el norte sea una mejora sustancial de la calidad de vida de nuestra población, un mayor nivel de empleo, una estructura productiva más diversificada y sólida y una ocupación plena de nuestros territorios.

A partir de allí, tendremos que plantear instrumentos acordes. La experiencia europea indica que una unión monetaria puede convertirse en un pesado lastre. Más aún, cuando un proceso de desarrollo supone cambios estructurales y fases sucesivas donde las variables monetarias y las políticas monetaria y fiscal pueden sufrir turbulencias y shocks asimétricos en la región. Por eso, es más adecuado avanzar sobre otro tipo de instrumentos, entre los que puede estar presente una coordinación macroeconómica, pero con un margen de flexibilidad. Más importante aún si consideramos una política industrial que estimule la expansión y la integración de cadenas productivas regionales; una política científica y tecnológica que potencie la generación de maquinarias y formas de organización acordes a nuestras necesidades; una política de empleo que busque una ocupación sustancialmente mayor sin impacto negativo sobre salarios extremadamente comprimidos, o una política financiera que movilice recursos dormidos o destinados a la especulación. En ese sentido, es probable que un organismo de crédito regional tenga mayor poder reproductivo que una unión monetaria.

Es que nuestros problemas principales no son hoy la indisciplina monetaria y fiscal o los costos de transacción de la región, sino déficits concretos derivados de la debilidad de algunas ramas clave, la falta de financiamiento, un crecimiento espasmódico con tasas tendencialmente muy bajas, el desempleo y la distribución desigual del ingreso. Sobre esos aspectos debemos asentar las prioridades ■

* amusacchio@sitioima.com.ar

EN LA AMÉRICA DEL SUR HAY ESPACIO PARA EL PLENO EMPLEO

POR JOSÉ LUIS DI LORENZO *

>>> por el Consenso de Washington como "aliviador social" de la exacerbación del negocio financiero "global" concentrado.

Descontando las buenas intenciones de quienes alientan un ingreso ciudadano universal, nos permitimos descreer de ese camino –aceptándolo sólo en forma excepcional y temporaria–, ya que la principal forma de afiliación a la sociedad opera a través del trabajo y éste es la vía principal para obtener una identidad y un reconocimiento social, superando la exclusión.

Frente a la pretendida "ilustración" acrítica, recordemos que la evolución del pensamiento, los grandes descubrimientos, las acciones transformadoras de la humanidad, surgieron simplemente de la elemental observación. El camino en tránsito siempre nos impone interrogarnos acerca de si nos dirigimos a la concreción de un proyecto nacional, porque si no lo tenemos o no lo estamos construyendo estamos en el proyecto de otro, para lo cual es imprescindible observar la realidad argentina y latinoamericana, en su contexto político-económico-espacial.

Antes que nada recordemos que los argentinos venimos de nuestro proyecto del 80, asentado en la idea de un espacio limitado (la pampa) para la Nación, ante el espacio ilimitado del imperio, que eran todos los mares. Este proyecto se acabó definitivamente en 1930, pero seguimos buscando nuestro ser, nuestro destino y un nuevo papel, aunque persiste -nocivamente– el resabio de aquel proyecto que por mirar a Europa ignoró su propio interior y su mar, dándoles la espalda a los países del continente sudamericano al que pertenecemos, lo que lleva a mantener un modo especial de percibir el ámbito espacial, reflejado en aquello de que "el mal de la Argentina era la extensión".

Nuestro espacio

El cambio que se impone requiere darnos cuenta que la ilimitación espacial la ejercen y la imponen los países desarrollados a costa de la limitación espacial de los no desarrollados, lo que no es otra cosa que el nombre geopolítico de la dependencia.

Los imperios dominantes se atribuyen todo el espacio, no sólo del mundo, sino del universo. Los países en dependencia adoptamos, por la fuerza de las circunstancias, la teoría del espacio universal sin límites y de toda la humanidad. En realidad, el espacio –en teoría abierto a todos– está en la práctica ocupado por los que pueden ocuparlo.

Para ejemplificar, cuando se nos dice que el hombre conquistó el Cosmos y que teóricamente está a disposición de los demás hombres, se omite que en realidad, según se sostiene, "está a disposición" precisamente porque no lo pueden alcanzar.

Todo imperio requiere espacio ilimitado. Para que el espacio pueda ser ilimitado para los países desarrollados deben forzosamente limitárselo a los subdesarrollados (nosotros). Esto es lo que ocurrió y ocurre en América del Sur, nos dividieron y nos dividimos para que reine el poder imperial. El imperio de turno necesitó y necesita limitarnos a naciones, sin embargo a nosotros nos conviene deslimitarnos dentro del bloque continental.

La teoría imperial de la "ilimitación del espacio" también nos la han aplicado fronteras adentro, es el caso de la Antártida Argentina en el que de hecho se limitó nuestro espacio territorio nacional, lo mismo que se pretende para Brasil respecto de la Amazonia.

De lo que se trata es de recuperar y ocupar nuestros espacios para ponerlos al interior del Proyecto Nacional Latinoamericano, lo que exige deslimitar las fronteras políticas existentes –geográficamente sólo existen en nuestra imaginación–, integrando los pueblos en el continente común. Si fracasamos, inexorablemente pasaremos a ser un espacio (supuestamente) ilimitado a disposición del interés imperial, aunque se diga y nos digan que estará a disposición de la humanidad.

Nuestra realidad

Mientras el pensamiento eurocéntrico transita por planteos que parten de un desempleo inevitable o de la construcción de una sociedad del ocio, la Argentina y América latina muestran caminos, posibilidades y necesidades distintas. Asumir realidades y potencialidades diversas a las propias puede condenarnos a continuar en la frustración y a una próxima –no tan lejana– desintegración.

El mundo dominante tiene superpoblación, sufre un agotamiento de los recursos naturales, y la superindustrialización –hoy además automatizada y robotizada– está siendo un problema. Nosotros, producto de la escasa población con relación al territorio y de la falta de explotación extractiva, contamos con la mayor reserva de materias primas y alimentos del mundo y abundante mano de obra disponible.

La extensión territorial –todavía desocupada centralmente–, las riquezas de nuestro suelo, la interconexión hídrica natural hacia el interior, la marítima por ambos océanos, nuestro potencial humano y material, bien observado, son el camino para desarrollarnos liberándonos de los tradicionales intereses que nos vienen sojuzgando.

Que nuestro enorme territorio se encuentre prácticamente despobla-



do genera y alienta las ambiciones de dominio de las potencias hegemónicas, que ya se exterioriza, sea a través de la teoría de la "soberanía limitada" –la nuestra– o mediante acciones concretas como la compra de grandes territorios por parte de sociedades estatales extranjeras.

Seguimos siendo un país y un continente poblado en sus costas y que aún está avanzando –lentamente– hacia su interior, revirtiendo una visión geopolítica obsoleta. Nuestros 326 millones de pobladores latinoamericanos se asientan en casi 18 millones de kilómetros cuadrados, aunque paradójicamente la mayor parte vive en la franja costera donde se ubican las ciudades más importantes. El enorme vacío central es la gran asignatura pendiente de la geopolítica argentina y sudamericana.

Mantenemos inexplotada e inexplorada gran parte de nuestra riqueza en oro, cobre, cinc, manganeso, niobio, titanio, tungsteno, agua potable, gas, petróleo y otros recursos naturales, renovables y no renovables. Contamos con enormes reservas de alimentos y de materias primas, a las que no acceden en modo suficiente todos nuestros habitantes, y que son apetecidos por otros países poderosos que no las disponen, lo que –como advirtiera Juan Domingo Perón– es una amenaza cierta.

Además, nuestro continente está naturalmente interconectado por sus ríos. La vinculación hidrovial entre las cuencas del Orinoco, Amazona y del Plata permite la navegación desde Caracas hasta Buenos Aires. Además hay al menos tres conexiones interoceánicas que unen el Pacífico con el Atlántico y que habilitan la interconexión para el comercio al resto del mundo. Nuestros ríos –olvidados– son el canal de la integración que interconecta a nueve de los diez países sudamericanos.

En términos económicos, el transporte fluvial que no aprovechamos significaría gastar tres veces menos combustible que el ferrocarril y siete veces menos que el automotor –por tonelada y por kilómetro–, reduciendo ostensiblemente la contaminación ambiental. Aprovechar esta hidrorred barata y segura permitiría la conformación de un espacio autocentrado en economía favoreciendo y propiciando el autoabastecimiento sin dificultades mayúsculas. Cómo es posible hablar de desempleo irreversible en estas condiciones de potencialidad.

Introspección

Sentirnos latinoamericanos es el principio. Como dice Gustavo Cirigliano, aquel a quien le matan hermanos día a día y no se entera; aquel a quien le destruyeron la cultura, le robaron sus monumentos, le suprimieron su modo de resolver sus necesidades, le suplantaron sus técnicas, le negaron sus problemas, su modo de sentir la vida, su forma de sentir a Dios; aquel al que lo dejaron vacío de sí para luego acusarlo de no tener nada para aportar al mundo, nada más que su miseria; aquel a quien se le aplica la mitología de vago, incapaz e inútil que justifica la eficiencia y la capacidad del expoliador; aquel –agregamos– al que se le dice que lo que le pasa es producto de la inevitabilidad del modernismo y que otra cosa no se puede hacer porque si no se cae del mundo.

Reconocer como problemas la miseria y el atraso debe llevar a descubrir que no se trata de algo fatal, natural ni irreversible. Simplemente eso es humano y modificable. Es justamente el trabajo el resolutor de los problemas del país, porque media entre la necesidad y la satisfacción, disolviendo el obstáculo.

Se trata de una eutopía (la concreción de lo deseado), porque cabe insistir que todo proyecto nacional se financia a sí mismo, ya que al movilizarse nueva población y nuevas riquezas o recursos materiales, es financiado por el trabajo y la nueva riqueza incorporada.

No se trata de acudir reiterativamente a lo prestado para financiarlo. No es el dinero ajeno sino el propio trabajo y la propia riqueza liberada la que lo financia. Frente al habitual escepticismo resulta oportuno recordar lo que Juan Bautista Alberdi escribía en *Las Bases* al señalar: "Empezad por los gastos y tendréis rentas. Si hubiésemos esperado a tener rentas capaces de costear los gastos de la guerra de la independencia contra España, hasta hoy fuéramos colonos".

Los primeros pasos

Puede haber pasado inadvertido, pero los acuerdos con Venezuela para integrar inicialmente PDVSA –quinta exportadora mundial de crudo– y la flamante estatal argentina Enarsa, el acuerdo de Tarija que aumenta el ingreso de gas boliviano a nuestro país, el propuesto financiamiento de la construcción de un gasoducto en el Nordeste con recursos propios y el impulso a la integración más formal de Bolivia en la formulación de Petrosur –ya prácticamente acordado con la petrolera estatal venezolana– son los primeros pasos hacia un proyecto de integración real. La nueva Ley de Hidrocarburos que tramita el Congreso boliviano bien puede impulsar la reactivación de Yacimientos Petrolíferos Fiscales en ese país, además del control del gas en boca de pozo y una complementación en la región del sur, involucrando a la Argentina, Brasil, Perú y Venezuela. Por otra parte, ya se firmó la Carta de Intención entre Perú y Bolivia, ubicando al puerto peruano de Ilo, como salida de las exportaciones de gas boliviano y de petróleo peruano.

Queda muchísimo por hacer, pero el corredor energético que se está construyendo desde la Patagonia argentina hasta la Venezuela que empalma con Centroamérica y el Caribe tiene la particularidad de ser fundante de la nueva realidad del Mercosur ampliado y de su proyección latinoamericana, que puede generar más empleo inclusivo.

Pleno empleo

El asistencialismo ha sido siempre la contracara de la justicia social. En Centroamérica se utilizó para mimetizar la explotación de los trabajadores y hasta se lo mostró como el nuevo paradigma de un capitalismo con rostro humano. Después fue adoptado por la política –con minúsculas– como disciplinamiento social.

Pensar el desempleo como una cuestión estructural e insuperable tanto para la Argentina como para América del Sur no es real. En un país y un Continente en los que está todo por hacer, el pleno empleo es un imperativo moral y un instrumento ineludible para limitar y ocupar nuestro espacio, desarrollándonos. La cultura del trabajo sólo se adquiere con el trabajo ya que no hay tecnología ni modernismo capaz de equipararse a lo empírico. El eje liberador sin lugar a dudas es el trabajo ciudadano, como derecho universal.

El profesor Alberto Buela enseña que etimológicamente América significa textualmente "poderosa en el trabajo" o "la que manda en su hogar". Es hora de empezar a mandar en nuestro hogar poniendo en marcha el poderío del trabajo de nuestros pueblos, para volver a ser Nación, la pendiente Nación Latinoamericana ■

* *dilorenzo@sitioima.com.ar*

ASI SE CONSTRUYE EL PAIS

- Un corredor energético en el Sur de América latina, junto con Bolivia, Brasil, Perú y Venezuela.
- Negociaciones para la creación de una empresa petrolera de América del Sur - PETROSUR
- Recuperación de Marina Mercante de bandera argentina
- Reactivación de los Astillero Río Santiago y de la industria naval.
- Creación de la Empresa Nacional de Energía SA
- Creación de AR-sat, empresa estatal de satélites con participación de capital privado, prioritariamente para construir un satélite nacional de telecomunicaciones.

EDITORIAL

QUE EL ÁRBOL NO NOS OCULTE EL BOSQUE

La terrible situación socioeconómica por la que atraviesa la Argentina, producto del fracaso del neoliberalismo, exige que el tema del empleo ocupe el primer lugar en la agenda del Gobierno. El hambre, la miseria y la marginación no pueden esperar ni el acuerdo de los acreedores externos ni la supuestamente milagrosa apertura de mercados externos.

Esta necesidad imperiosa de aumentar la cantidad de empleo no debe ocultarnos la necesidad de la calidad de los empleos, ya que ésta definirá el tipo de sociedad que dejaremos a nuestros hijos y nietos: Una en la que una minoría de altos ingresos subsidie la supervivencia del resto de la población o una más igualitaria donde la mayoría no necesite de la caridad de nadie gracias al acceso a empleos de alta productividad y buenos ingresos.

La forma de aumentar el empleo está íntimamente ligada a la estrategia de desarrollo que elija el país. Esta puede basarse en una acumulación de capitales de forma extensiva o bien intensiva. En el primer caso se trata simplemente de aumentar la producción de excedentes a partir de la producción de bienes y servicios que no se realizaban hasta la actualidad. La segunda, a riesgo de simplificar excesivamente, se trata de aumentar la producción de excedentes a partir de una mayor complejidad en la estructura productiva, con una mayor diversidad de empresas y agentes. Pero en uno y otro caso, para adquirir virtuosidad, los excedentes deben reinvertirse en la ampliación de las capacidades productivas y no en su "fuga" hacia los mercados financieros como en la Argentina de la "acumulación financiera".

En la Argentina de los '90, dicha acumulación financiera se apoyaba hasta hace pocos años en la transferencia de rentas de los asalariados y las pequeñas y medianas empresas a través del sector servicios. Dicha acumulación era viciosa porque no se apoyaba en la expansión de las capacidades sino en la centralización y expropiación mediante privatizaciones y fusiones y/o adquisiciones de las capacidades existentes. Colapsada por su inviabilidad, la acumulación financiera hoy se reconcilia con el agro, su histórico aliado.

Muchos neoliberales que durante los '90 se dedicaron a recomendar a los gobiernos de turno cómo privatizar las empresas públicas y generar brutales mecanismos de apropiación de rentas, como el sistema de capitalización de las jubilaciones, hoy redescubren el agro. Sector que "a pesar" de una política de destrucción de toda dinámica productiva, logró crecer gracias a las ventajas naturales extraordinarias de nuestro país, pero también a la difusión de paquetes tecnológicos que reforzaron dichas ventajas. Así no es de extrañar el hipermediatizado trabajo que recientemente realizara Juan Llach, el antiguo ladero de Domingo Cavallo. En dicho trabajo, uno de los que fuera artífice de la convertibilidad muestra al agro como el gran empleador responsable del "35,6% del total de ocupados del país". Apoyado sobre la espectacularidad de la cifra, este señor avanza reclamando un pensamiento estratégico que tenga el status de una causa nacional ahora centrado en la cadena agroindustrial.

Sin embargo, este resultado no debería extrañar. En un país en donde el empleo industrial fue devastado, es fácil llegar a un alto porcentaje en una foto de la situación actual. Lo importante es ver la película: La destrucción del tejido industrial y de trayectorias de aprendizaje tecnológico que fueran símbolos de los años dorados de la Argentina, en los cuales no existía la desocupación y la distribución del ingreso era la más equitativa de América latina, llevaron a tasas de desocupación hasta ahora desconocidas.

En este proyecto de vuelta al pasado de la Argentina oligárquica y de mayorías excluidas, el libreto de esta comedia revitaliza como nunca el pensamiento de Raúl Prebisch, más conocido en el país por sus errores políticos que por sus aciertos al analizar las economías latinoamericanas, lo que le vale ser el único economista argentino mundialmente reconocido debido a sus aportes a la teoría del desarrollo.

La Argentina agroexportadora nos condena a la consolidación de una economía dual con un sector agroindustrial con alta productividad, importador de tecnología e incapaz de dar empleo a todos aquellos que lo necesiten. A éstos no les quedará más remedio que sobrevivir en actividades de baja productividad y bajos salarios. De esto se trata el desarrollo extensivo.

Más allá de los errores de política, de conductas rentísticas y otras, lo cierto es que la expansión de la producción industrial durante el período en que la industrialización se organizaba bajo la estrategia de la sustitución de importaciones, produjo aumentos en la productividad laboral y la generación de procesos de aprendizaje tecnológico y de desarrollo de la capacidad tecnológica doméstica. Estos dos procesos se retroalimentan en la medida que los aumentos de productividad se canalicen hacia aumentos de salario y empleo de calidad, que a su vez lleven a la generación de una demanda cada vez más amplia y diversificada generando así el círculo virtuoso de la acumulación intensiva. Dicho mecanismo virtuoso no llegó a consolidarse en la Argentina de los "años felices", por el bloqueo político de la oligarquía terrateniente a toda mejora de la distribución de los ingresos y éste se corta abruptamente a mitad de los '70.

A la luz de tamaña experiencia, es casi obvio que la estrategia de crecimiento generadora de empleo no debe, ni puede, ser basada en la apertura de mercados para la agroindustria, sino que esta última debe acompañar la regeneración de la estructura industrial haciendo énfasis en el desarrollo de la capacidad tecnológica autóctona, ya que de eso depende la velocidad que pueda tomar el aumento de productividad y con ella la regeneración del empleo y la posibilidad de armonizar el mercado interno con una inserción internacional que no sea subordinada.

Es claro que este proceso no podrá darse espontáneamente y exige una vigorosa política industrial coordinada con nuestros socios sudamericanos, que lleve a reorientar los excedentes del agro no ya hacia la fuga de capitales a los acreedores sino hacia la reindustrialización acelerada. ■



HISTORIAS DE

EL TRABAJ

POR GUSTAVO F.

Si mal no recuerdo, fue por la década del '70 que Iván Illich utilizó la distinción entre economía oculta o en negro y economía de sombra. Lo que nos consiente derivar una reflexión sobre trabajo-oculto y trabajo-sombra. *¿Qué son y cuál es la diferencia? (preguntó Patricio en la reunión semanal del grupo del Agustino a lo que éste respondió)*:

Apelo a mi memoria y quizá no retenga adecuadamente la correcta diferencia pero sería algo así: Illich consideraba trabajo-sombra toda la tarea que realizaba la mujer en su casa, trabajo no reconocido como tal y al que por tanto no le corresponde ni percibe salario. Pero ese trabajo femenino no remunerado hace posible que el marido pueda trabajar y ganar un salario fuera de la casa, en la fábrica, en el taller, etcétera. En suma, alguien realiza una tarea que no se considera trabajo pero que facilita que otro pueda tener un trabajo asalariado. *¿Y el "oculto"? (inquiere Daniel)*. Ambos *(anticipa el Agustino)* son trabajo gratis.

En el almacén

El "oculto" es mejor verlo con un ejemplo. Que va a ser un poco largo. Tengan paciencia *(pidió)*. Yo me acuerdo cómo actuaba, hace 50 años y aún menos, el almacenero del barrio. Acostumbraba a pasar por la casa de sus clientes para anotar la lista de pedidos. Retornaba luego, él o su dependiente, con la canasta y la mercadería, la entraba y depositaba en la cocina, ayudaba a sacar y aun distribuir las compras. La señora le firmaba la libreta de tapas de hule negro donde constaba la compra. Libreta que fue el antepasado de la tarjeta de crédito y que no necesitó de ninguna organización financiera para existir. Y el almacenero, don José, luego de preguntar por la salud de los chicos, retornaba a su negocio. Una variante: si el cliente lo tenía, recogía el pedido por un nada sofisticado teléfono.

Algunos recordarán esa escena familiar, otros la imaginarán. Podríamos agregar situaciones similares: el lechero que cada mañana dejaba junto a la puerta, leche, manteca, crema. O el panadero o el hielero o el carnicero. *(¿A qué viene esta lejana historia? ¿Por qué nos cuenta esto? ¿Pura nostalgia? El pasado no vuelve ni se recupera, precavía Adriana)*. De acuerdo con que eso es del pasado y que no se ve cómo podría volver, pero yo pretendo señalar otra cosa. Y espero lograrlo.

Ahora entremos en algún supermercado de los que exhibiendo un sospechoso tufillo a abundancia festiva con alegría de plástico, se han difundido por influencia norteamericana y también europea y a los que cabe incluir dentro de una suerte de filosofía engañadora y cuasi paranoica del "hágalo usted mismo". *(Las palabras del Agustino traslucían una clara intención.)*

Veamos la secuencia de compra que ocurre en ese antro de felicidad simulada. Usted empieza sacando su auto del garaje y poniéndolo al servicio de la compra; "su" auto, en el que usted va a trasladarse y luego cargará y traerá lo que compre. Reemplaza de algún modo, la canasta del almacenero. Pero ahora usted será su propio almacenero.

En el supermercado

Usted penetra en el supermercado estacionando usted mismo su auto. Ingresa en el santuario y ha de ocuparse de la canasta sustituta que es el "changuito". Usted elige la mercadería, Usted la toma y para ello recorre, revisa, separa, se estira, se agacha, sostiene, despeja y la deposita en el changuito. Usted busca y elige la verdura y la fruta, la coloca en bolsas de plástico que usted mismo cortó, las cierra y las lleva a pesar. El pesaje significa que usted saca las bolsas del changuito, las deposita sobre un sector y seguidamente las recoge por otro, volvién-

dolas a colocar de a
dito changuito. Esto
pueden –sin tomar e
edad y sus posibles d
berle exigido maniob
kilos. "Hágalo usted
Sigue en su recorr
do una música trivia
ganda abusadora qu
sa, aunque se supon
ca es para su deleite
usted a cargar queso
nos, aceites; ponga
quiera en la enumer
ser reiterativos dem
el artefacto que arra
ocasiones se resiste,
ser llevado y usted l
a la caja donde vuel
lo adquirido y lo co
cinta -que a veces n
lo qu e usted deberá
manualmente la me
que se le facture. En
ta, sus billetes o lo
toma en cuenta el ti
ted regala al hacer l
llegar a la caja. Algu
poner su propio tra
de su tiempo. Si ust
compra, un/a much
cargo de recargarla
usted, en cambio, la
tendrá que colocar
bolsas y llevarlo a su
auto. Usted se dirig
miento, sótano o ga
ca las bolsas en el b
Usted regresa condu
casa. Usted retira la
úl, las coloca en el a
ca del ascensor –qui
un viaje–, las lleva h
y luego les dará des
Todo ese trabajo
lo aportó gratis al su
Usted le ahorró trab
nada por eso. El trab
de un beneficio per
lo realiza.

EDITORIAL

QUE EL ÁRBOL NO NOS OCULTE EL BOSQUE

La terrible situación socioeconómica por la que atraviesa la Argentina, producto del fracaso del neoliberalismo, exige que el tema del empleo ocupe el primer lugar en la agenda del Gobierno. El hambre, la miseria y la marginación no pueden esperar ni el acuerdo de los acreedores externos ni la supuestamente milagrosa apertura de mercados externos.

Esta necesidad imperiosa de aumentar la cantidad de empleo no debe ocultarnos la necesidad de la calidad de los empleos, ya que ésta definirá el tipo de sociedad que dejaremos a nuestros hijos y nietos: Una en la que una minoría de altos ingresos subsidie la supervivencia del resto de la población o una más igualitaria donde la mayoría no necesite de la caridad de nadie gracias al acceso a empleos de alta productividad y buenos ingresos.

La forma de aumentar el empleo está íntimamente ligada a la estrategia de desarrollo que elija el país. Esta puede basarse en una acumulación de capitales de forma extensiva o bien intensiva. En el primer caso se trata simplemente de aumentar la producción de excedentes a partir de la producción de bienes y servicios que no se realizaban hasta la actualidad. La segunda, a riesgo de simplificar excesivamente, se trata de aumentar la producción de excedentes a partir de una mayor complejidad en la estructura productiva, con una mayor diversidad de empresas y agentes. Pero en uno y otro caso, para adquirir virtuosidad, los excedentes deben reinvertirse en la ampliación de las capacidades productivas y no en su "fuga" hacia los mercados financieros como en la Argentina de la "acumulación financiera".

En la Argentina de los '90, dicha acumulación financiera se apoyaba hasta hace pocos años en la transferencia de rentas de los asalariados y las pequeñas y medianas empresas a través del sector servicios. Dicha acumulación era viciosa porque no se apoyaba en la expansión de las capacidades sino en la centralización y expropiación mediante privatizaciones y fusiones y/o adquisiciones de las capacidades existentes. Colapsada por su inviabilidad, la acumulación financiera hoy se reconcilia con el agro, su histórico aliado.

Muchos neoliberales que durante los '90 se dedicaron a recomendar a los gobiernos de turno cómo privatizar las empresas públicas y generar brutales mecanismos de apropiación de rentas, como el sistema de capitalización de las jubilaciones, hoy redescubren el agro. Sector que "a pesar" de una política de destrucción de toda dinámica productiva, logró crecer gracias a las ventajas naturales extraordinarias de nuestro país, pero también a la difusión de paquetes tecnológicos que reforzaron dichas ventajas. Así no es de extrañar el hipermediatizado trabajo que recientemente realizara Juan Llach, el antiguo ladero de Domingo Cavallo. En dicho trabajo, uno de los que fuera artífice de la convertibilidad muestra al agro como el gran empleador responsable del "35,6% del total de ocupados del país". Apoyado sobre la espectacularidad de la cifra, este señor avanza reclamando un pensamiento estratégico que tenga el status de una causa nacional ahora centrado en la cadena agroindustrial.

Sin embargo, este resultado no debería extrañar. En un país en donde el empleo industrial fue devastado, es fácil llegar a un alto porcentaje en una foto de la situación actual. Lo importante es ver la película: La destrucción del tejido industrial y de trayectorias de aprendizaje tecnológico que fueran símbolos de los años dorados de la Argentina, en los cuales no existía la desocupación y la distribución del ingreso era la más equitativa de América latina, llevaron a tasas de desocupación hasta ahora desconocidas.

En este proyecto de vuelta al pasado de la Argentina oligárquica y de mayorías excluidas, el libreto de esta comedia revitaliza como nunca el pensamiento de Raúl Prebisch, más conocido en el país por sus errores políticos que por sus aciertos al analizar las economías latinoamericanas, lo que le vale ser el único economista argentino mundialmente reconocido debido a sus aportes a la teoría del desarrollo.

La Argentina agroexportadora nos condena a la consolidación de una economía dual con un sector agroindustrial con alta productividad, importador de tecnología e incapaz de dar empleo a todos aquellos que lo necesiten. A éstos no les quedará más remedio que sobrevivir en actividades de baja productividad y bajos salarios. De esto se trata el desarrollo extensivo.

Más allá de los errores de política, de conductas rentísticas y otras, lo cierto es que la expansión de la producción industrial durante el período en que la industrialización se organizaba bajo la estrategia de la sustitución de importaciones, produjo aumentos en la productividad laboral y la generación de procesos de aprendizaje tecnológico y de desarrollo de la capacidad tecnológica doméstica. Estos dos procesos se retroalimentan en la medida que los aumentos de productividad se canalicen hacia aumentos de salario y empleo de calidad, que a su vez lleven a la generación de una demanda cada vez más amplia y diversificada generando así el círculo virtuoso de la acumulación intensiva. Dicho mecanismo virtuoso no llegó a consolidarse en la Argentina de los "años felices", por el bloqueo político de la oligarquía terrateniente a toda mejora de la distribución de los ingresos y éste se corta abruptamente a mitad de los '70.

A la luz de tamaña experiencia, es casi obvio que la estrategia de crecimiento generadora de empleo no debe, ni puede, ser basada en la apertura de mercados para la agroindustria, sino que esta última debe acompañar la regeneración de la estructura industrial haciendo énfasis en el desarrollo de la capacidad tecnológica autóctona, ya que de eso depende la velocidad que pueda tomar el aumento de productividad y con ella la regeneración del empleo y la posibilidad de armonizar el mercado interno con una inserción internacional que no sea subordinada.

Es claro que este proceso no podrá darse espontáneamente y exige una vigorosa política industrial coordinada con nuestros socios sudamericanos, que lleve a reorientar los excedentes del agro no ya hacia la fuga de capitales a los acreedores sino hacia la reindustrialización acelerada ■



HISTORIAS DEL AGUSTINO

EL TRABAJO GRATIS

POR GUSTAVO F. J. CIRIGLIANO

Si mal no recuerdo, fue por la década del '70 que Iván Illich utilizó la distinción entre economía oculta o en negro y economía de sombra. Lo que nos consiente derivar una reflexión sobre trabajo-oculto y trabajo-sombra. *¿Qué son y cuál es la diferencia? (preguntó Patricio en la reunión semanal del grupo del Agustino a lo que éste respondió)*:

Apelo a mi memoria y quizá no retenga adecuadamente la correcta diferencia pero sería algo así: Illich consideraba trabajo-sombra toda la tarea que realizaba la mujer en su casa, trabajo no reconocido como tal y al que por tanto no le corresponde ni percibe salario. Pero ese trabajo femenino no remunerado hace posible que el marido pueda trabajar y ganar un salario fuera de la casa, en la fábrica, en el taller, etcétera. En suma, alguien realiza una tarea que no se considera trabajo pero que facilita que otro pueda tener un trabajo asalariado. *¿Y el "oculto"? (inquiere Daniel).* Ambos *(anticipa el Agustino)* son trabajo gratis.

En el almacén

El "oculto" es mejor verlo con un ejemplo. Que va a ser un poco largo. Tengan paciencia *(pidió)*. Yo me acuerdo cómo actuaba, hace 50 años y aún menos, el almacenero del barrio. Acostumbraba a pasar por la casa de sus clientes para anotar la lista de pedidos. Retornaba luego, él o su dependiente, con la canasta y la mercadería, la entraba y depositaba en la cocina, ayudaba a sacar y aun distribuir las compras. La señora le firmaba la libreta de tapas de hule negro donde constaba la compra. Libreta que fue el antepasado de la tarjeta de crédito y que no necesitó de ninguna organización financiera para existir. Y el almacenero, don José, luego de preguntar por la salud de los chicos, retornaba a su negocio. Una variante: si el cliente lo tenía, recogía el pedido por un nada sofisticado teléfono.

Algunos recordarán esa escena familiar, otros la imaginarán. Podríamos agregar situaciones similares: el lechero que cada mañana dejaba junto a la puerta, leche, manteca, crema. O el panadero o el hielero o el carnicero. *(¿A qué viene esta lejana historia? ¿Por qué nos cuenta esto? ¿Pura nostalgia? El pasado no vuelve ni se recupera, precavía Adriana).* De acuerdo con que eso es del pasado y que no se ve cómo podría volver, pero yo pretendo señalar otra cosa. Y espero lograrlo.

Ahora entremos en algún supermercado de los que exhibiendo un sospechoso tufillo a abundancia festiva con alegría de plástico, se han difundido por influencia norteamericana y también europea y a los que cabe incluir dentro de una suerte de filosofía engañadora y cuasi paranoica del "hágalo usted mismo". *(Las palabras del Agustino traslucían una clara intención.)*

Veamos la secuencia de compra que ocurre en ese antro de felicidad simulada. Usted empieza sacando su auto del garaje y poniéndolo al servicio de la compra; "su" auto, en el que usted va a trasladarse y luego cargará y traerá lo que compre. Reemplaza de algún modo, la canasta del almacenero. Pero ahora usted será su propio almacenero.

En el supermercado

Usted penetra en el supermercado estacionando usted mismo su auto. Ingresa en el santuario y ha de ocuparse de la canasta sustituta que es el "changuito". Usted elige la mercadería, Usted la toma y para ello recorre, revisa, separa, se estira, se agacha, sostiene, despeja y la deposita en el changuito. Usted busca y elige la verdura y la fruta, la coloca en bolsas de plástico que usted mismo cortó, las cierra y las lleva a pesar. El pesaje significa que usted saca las bolsas del changuito, las deposita sobre un sector y seguidamente las recoge por otro, volviéndolas a colocar de a una en el bendito changuito. Estos ejercicios pueden –sin tomar en cuenta su edad y sus posibles dolencias– haberle exigido maniobrar numerosos kilos. "Hágalo usted mismo."

Sigue en su recorrida, soportando una música trivial y una propaganda abusadora que no le interesa, aunque se supone que la música es para su deleite. Ahora pasa usted a cargar quesos, leches, vinos, aceites; ponga usted lo que quiera en la enumeración. Para no ser reiterativos demos por llenado el artefacto que arrastra y que en ocasiones se resiste, por el peso, a ser llevado y usted llega finalmente a la caja donde vuelve a sacar todo lo adquirido y lo coloca sobre una cinta -que a veces no funciona, por lo qu e usted deberá ir empujando manualmente la mercadería– para que se le facture. Entrega su tarjeta, sus billetes o lo que sea. Nadie toma en cuenta el tiempo que usted regala al hacer la cola antes de llegar a la caja. Alguien para no poner su propio trabajo se apoderó de su tiempo. Si usted envía su compra, un/a muchacho/a se hará cargo de recargarla en canastos. Si usted, en cambio, la lleva consigo tendrá que colocar los artículos en bolsas y llevarlo a su, repito "su" auto. Usted se dirige al estacionamiento, sótano o garaje, usted ubica las bolsas en el baúl de su auto. Usted regresa conduciendo a su casa. Usted retira las bolsas del baúl, las coloca en el ascensor, las saca del ascensor –quizá en más de un viaje–, las lleva hasta la cocina y luego les dará destino.

Todo ese trabajo que usted hizo lo aportó gratis al supermercado. Usted le ahorró trabajo sin percibir nada por eso. El trabajo oculto rinde un beneficio pero no para el que lo realiza.

Ahora usted siente que "hágalo usted mismo" quiere decir "trabaje gratis para mí". En suma *(recapitula satisfecho el Agustino)*, un interesante ejemplo de trabajo oculto. Nadie lo ve como trabajo, ni usted que lo está, aun con desgano o bronca, regalando. Usted trabajó gratis como chofer, como dependiente, como extractor y recolocador de mercadería, como transportador o changador. Además regaló el tiempo muerto en la cola y toleró la tortura supuestamente deleitosa de aguantar una música que no le dejaron elegir y que no le gusta. Asimismo debió esquivar el personal que está limpiando casualmente en el mismo lugar y tiempo en que usted anda eligiendo en las góndolas.

Tiempos de despojo

Completada la descripción *(señaló el Agustino)*. ¿Qué les parece? *¿Adónde apunta todo este excurso? ¿Qué conclusión pretende usted que nosotros alcancemos? reclama Alejandro. Si es que la hay, o ¿acaso se trata sólo de una hábil elaboración o pintoresca elucubración acerca de una situación que no parece se pueda ya cambiar?)*

Yo diría: Cuidado con el enfoque "hágalo usted mismo" *(insiste el Agustino)*, desconfíe del "elija usted mismo", defiéndase del autoservice, en tanto disimulan el trabajo que alguien le exige y no le paga. No coopere con el despojo, aportando trabajo gratis. *Agustino, ¿no estará usted, según su costumbre, magnificando la situación y registrando sólo lo negativo?, pregunta Helba. Usted suele exagerar, le gusta escandalizar, por eso rebusca cosas raras. (El Agustino no replica y agrega)*:

¿Cuánto trabajo o tarea adicional que antes no tenía está usted incorporando con la computadora? ¿O con su auto? Otro ejemplo de trabajo gratis ocurre en alguna operatoria de los bancos. Usted es invitado a realizar, telefónicamente, o por e-mail o Internet o por terminales, depósitos, transferencias entre cuentas, saldos, movimientos habidos, extracciones, consultas, pago de servicios y otras operaciones. *(Pausa. Y Jorge observa: Usted no les tiene simpatía a los bancos.)*

Creo que hay que estar alerta. Vivimos en tiempos del despojo. Devaluar reduciendo el salario es despojo. Los bancos que no devuelven a los ahorristas el dinero producto de su trabajo o de su inversión despojan. Un capitalismo de rapiña merodea buscando atrapar más billetes fruto del trabajo ajeno. Alguien se está quedando con todo. Por eso es bueno empezar desde el principio revisando la vinculación entre trabajo y salario. Que fue lo que quiso mostrar la exposición de hoy: Que hay alguien para el que trabajamos gratis. Y sólo trabajan gratis los esclavos. Quien se queda con nuestro trabajo nos esclaviza. Aunque tome la forma inocente, liviana y atractiva de un supermercado o nos seduzca con la supuesta eficiencia y seriedad bancaria. *(Todo esto huele a una suerte de "manifiesto", apunta Helba ante la prédica del Agustino.)*

Ahora quiero llegar a la sustancia de mi pensamiento *(el Agustino buscaba la conclusión y sentenciaba con evidente convicción)*: Todo ese trabajo "oculto", que usted hace gratis, anteriormente era realizado por personas que ya no tienen trabajo. Cien almacenes cerraron cuando se instaló el hipermercado en las cercanías y centenares perdieron su empleo. A usted le consta que donde había en su banco seis empleados hoy quedan dos. El trabajo suyo gratis quitó trabajo. Si nosotros desistiéramos de hacer trabajo gratis habría miles de puestos para otros trabajadores hoy en paro. De otro modo: Mientras usted se deja explotar con su gratuidad alguien se quedó sin empleo. Esto es lo que quería señalar. Toca a ustedes discutirlo. *(Y nos dejó pensando.)* ■

HAY QUE HUMANIZAR EL MUNDO DEL TRABAJO

POR ALFREDO CARAZO *

Es la región toda la que presenta una imagen por demás deteriorada en este continente que ha sido calificado como el más inequitativo.

El signo más visible de la crisis social es el hombre que no trabaja. Desde allí se precipita la injusticia de familias degradadas, hogares destruidos, jóvenes desesperanzados y niños y niñas de los que se desentiende la sociedad en su más crudo individualismo. Un mundo así no puede ser justo. Hace años se determinó que el 60 por ciento de la población activa mundial, esto es los que no trabajan o quieren trabajar y no pueden, no está protegida socialmente, ni por la legislación laboral ni por la seguridad social. Y el trabajo es un derecho no reemplazable por el asistencialismo.

Se está reanudando en el mundo el debate sobre el sentido y el significado del trabajo humano y consecuentemente su valor central en la sociedad como clave de la cuestión social. Hace años un estudio de la DGB alemana, señalaba que en el tiempo el trabajo admitiría una segmentación con un 25 por ciento de trabajadores permanentes, cualificados y protegidos por convenios colectivos de trabajo; otro 25 por ciento que serán trabajadores periféricos, con empleos precarios y a capricho del empleador y un 50 por ciento que serán marginales, desempleados o subempleados, con trabajos ocasionales, lo que se denomina como "trabajos humildes".

Un informe de la OIT señala que hay en el mundo 3000 millones de personas –esto es casi la mitad de la población mundial– que vive en la pobreza. Pero también hay 1000 millones de trabajadores subempleados o semiempleados, y la pobreza, según el estudio, no se limita a los países en desarrollo, porque el 10 por ciento de la población de los países más industrializados en el mundo vive con menos de la mitad del salario promedio del resto. Por eso el informe está centrado en la situación de "los pobres que trabajan" y en "los pobres que no tienen trabajo".

El propio titular de la organización, el chileno Juan Somavía, señala que "este modelo de globalización no está entregando los puestos de trabajo decente que las sociedades necesitan, porque no sólo estamos en los niveles más altos de desempleo, sino que además está el subempleo y todo lo que es el trabajo precario, y esto ya no es un problema de política económica, es un problema político". Qué duda cabe acerca de la necesidad de humanizar el mundo del trabajo.

Más allá de que el añadido de "decente" a la caracterización del trabajo es confuso, porque lo que puede resultar indecente es el empleo precarizado salvajemente, nunca el trabajo, lo que alarma es la creciente cantidad de jóvenes sin posibilidades, por lo que se calcula que ya hay "un número ingente de jóvenes frustrados ignorantes o desempleados, lo que podría tener efectos devastadores en el desarrollo a largo plazo".

Trabajo y pobreza

El trabajo decente está íntimamente ligado a la pobreza más extrema y fue analizado tanto en el Consenso de Buenos Aires, firmado entre la Argentinay Brasil, como también en las deliberaciones de la Cumbre Iberoamericana de las Américas. Más allá de lo formal que terminan siendo estas reuniones, más declamativas que prácticas, lo importante es determinar cómo dimensionan los gobernantes las respuestas a las demandas de los sectores más vulnerables. Para la Unicef, "los hijos de los pobres no tienen acceso a la educación, se enferman, están mal alimentados, no acceden a empleos productivos, no tienen capacitación, no tienen crédito y con ello se autogenera la pobreza". Y si los jóvenes ocupan la franja más significativa del complejo mundo de los sin trabajo, no es menor la situación de las mujeres, teniendo en cuenta que la mayoría de los hogares pobres son monoparentales. Correlacionado con esto, se está produciendo un regresivo y extenso proceso de "infantilización de la pobreza".

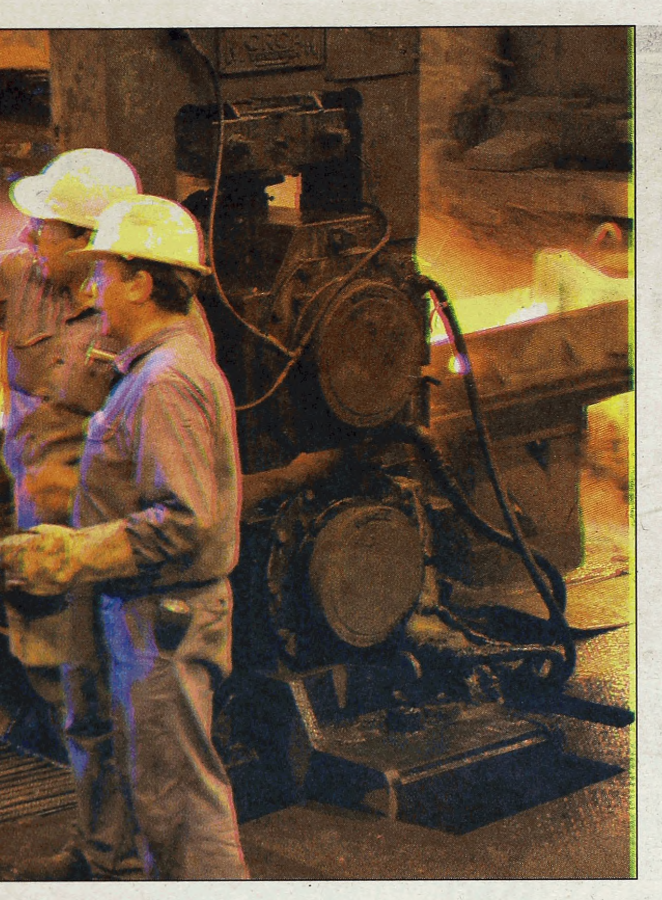
Es la región toda la que presenta una imagen por demás deteriorada en este continente que ha sido calificado como el más inequitativo. A despecho de lo que sostienen los grupos de poder internacionales más concentrados, los acuerdos comerciales no siempre revierten estas situaciones extremas. En general las agudizan. Hace poco más de 10 años, México accedió a firmar un Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá, lo que permitió un aumento de la productividad del 50 por ciento, pero en cambio los salarios descendieron en un cinco por ciento y los expertos señalan que el mercado se ha visto inundado por los cereales subvencionados del país del Norte, provocando que dos millones de campesinos perdieran su medio de subsistencia, en un país con marcada población rural.

La Argentina se ha latinoamericanizado y quizás esto tenga su costado saludable en tanto nos reconozcamos en un destino común con el resto, a partir de una identidad nacional y latinoamericana sustentada en el rechazo al individualismo suicida. Pero por otro lado está obligando a nuevas prácticas y estrategias en la resolución de la crisis.

La mayoría de los trabajadores sin trabajo, sobre todo en el conurbano bonaerense, conviven con miles y miles de provincianos desplazados, representando una verdadera avanzada de argentinos que resisten la pobreza y la miseria en otras latitudes excluidas, lo que identifica el país real. Antes de encarar la recta final hacia la Casa Rosada, el ahora presidente Néstor Kirchner, suscribía que "se puede hacer una Argentina distinta" y en su plan de gobierno proponía "recuperar la moral del trabajo como reconstructor del orden social, apuntando a incorporar al desocupado al campo productivo mediante la generación de empleo digno y estable". En esta orientación hay un papel irremplazable que tendrá que asumir responsablemente el movimiento sindical, en todas sus vertientes, para evitar quedar encorsetado sólo en la defensa de los intereses de los que tienen trabajo, asumiendo que la mayoría de los trabajadores no están organizados. La crisis interpela al sindicalismo tradicional y empuja a una discusión, hasta ahora retardada, sobre el nuevo rol de los sindicatos.

El investigador inglés Peter Townsend concluyó en uno de sus trabajos que "la pobreza mata", por lo que avanzar en una política de pleno empleo es el mayor desafío de esta etapa de la democracia, apuntando a un país distinto en el que el valor subjetivo del trabajo vuelva a constituir la centralidad de una nueva sociedad, más justa y más solidaria ■

* *acarazo@sitioima.com.ar*



AGUSTINO

) GRATIS

RIGLIANO

n el ben-
cicios
nta su
ias– ha-
umerosos
no."
oportan-
na propa-
le intere-
la músi-
ra pasa
hes, vi-
lo que
. Para no
r llenado
que en
l peso, a
inalmente
acar todo
obre una
ciona, por
npujando
ría– para
su tarje-
a. Nadie
que us-
antes de
ara no
se apoderó
vía su
/a se hará
nastos. Si
consigo
tículos en
ito "su"
staciona-
usted ubi-
e su auto.
do a su
sas del ba-
sor, las sa-
más de
la cocina

sted hizo
nercado.
in percibir
oculto rin-
para el que

Ahora usted siente que "hágalo usted mismo" quiere decir "trabaje gratis para mí". En suma *(recapitula satisfecho el Agustino)*, un interesante ejemplo de trabajo oculto. Nadie lo ve como trabajo, ni usted que lo está, aun con desgano o bronca, regalando. Usted trabajó gratis como chofer, como dependiente, como extractor y recolocador de mercadería, como transportador o changador. Además regaló el tiempo muerto en la cola y toleró la tortura supuestamente deleitosa de aguantar una música que no le dejaron elegir y que no le gusta. Asimismo debió esquivar el personal que está limpiando casualmente en el mismo lugar y tiempo en que usted anda eligiendo en las góndolas.

Tiempos de despojo

Completada la descripción *(señaló el Agustino)*. ¿Qué les parece? *¿Adónde apunta todo este excurso? ¿Qué conclusión pretende usted que nosotros alcancemos? reclama Alejandro. Si es que la hay, o ¿acaso se trata sólo de una hábil elaboración o pintoresca elucubración acerca de una situación que no parece se pueda ya cambiar?)*

Yo diría: Cuidado con el enfoque "hágalo usted mismo" *(insiste el Agustino)*, desconfíe del "elija usted mismo", defiéndase del autoservice, en tanto disimulan el trabajo que alguien le exige y no le paga. No coopere con el despojo, aportando trabajo gratis. *Agustino, ¿no estará usted, según su costumbre, magnificando la situación y registrando sólo lo negativo?, pregunta Helba. Usted suele exagerar, le gusta escandalizar, por eso rebusca cosas raras. (El Agustino no replica y agrega)*:

¿Cuánto trabajo o tarea adicional que antes no tenía está usted incorporando con la computadora? ¿O con su auto? Otro ejemplo de trabajo gratis ocurre en alguna operatoria de los bancos. Usted es invitado a realizar, telefónicamente, o por e-mail o Internet o por terminales, depósitos, transferencias entre cuentas, saldos, movimientos habidos, extracciones, consultas, pago de servicios y otras operaciones. *(Pausa. Y Jorge observa: Usted no les tiene simpatía a los bancos.)*

Creo que hay que estar alerta. Vivimos en tiempos del despojo. Devaluar reduciendo el salario es despojo. Los bancos que no devuelven a los ahorristas el dinero producto de su trabajo o de su inversión despojan. Un capitalismo de rapiña merodea buscando atrapar más billetes fruto del trabajo ajeno. Alguien se está quedando con todo. Por eso es bueno empezar desde el principio revisando la vinculación entre trabajo y salario. Que fue lo que quiso mostrar la exposición de hoy: Que hay alguien para el que trabajamos gratis. Y sólo trabajan gratis los esclavos. Quien se queda con nuestro trabajo nos esclaviza. Aunque tome la forma inocente, liviana y atractiva de un supermercado o nos seduzca con la supuesta eficiencia y seriedad bancaria. *(Todo esto huele a una suerte de "manifiesto", apunta Helba ante la prédica del Agustino.)*

Ahora quiero llegar a la sustancia de mi pensamiento *(el Agustino buscaba la conclusión y sentenciaba con evidente convicción)*: Todo ese trabajo "oculto", que usted hace gratis, anteriormente era realizado por personas que ya no tienen trabajo. Cien almacenes cerraron cuando se instaló el hipermercado en las cercanías y centenares perdieron su empleo. A usted le consta que donde había en su banco seis empleados hoy quedan dos. El trabajo suyo gratis quitó trabajo. Si nosotros desistiéramos de hacer trabajo gratis habría miles de puestos para otros trabajadores hoy en paro. De otro modo: Mientras usted se deja explotar con su gratuidad alguien se quedó sin empleo. Esto es lo que quería señalar. Toca a ustedes discutirlo. *(Y nos dejó pensando.)*

HAY QUE HUMANIZAR EL MUNDO DEL TRABAJO

POR ALFREDO CARAZO *

Es la región toda la que presenta una imagen por demás deteriorada en este continente que ha sido calificado como el más inequitativo.

El signo más visible de la crisis social es el hombre que no trabaja. Desde allí se precipita la injusticia de familias degradadas, hogares destruidos, jóvenes desesperanzados y niños y niñas de los que se desentiende la sociedad en su más crudo individualismo. Un mundo así no puede ser justo. Hace años se determinó que el 60 por ciento de la población activa mundial, esto es los que no trabajan o quieren trabajar y no pueden, no está protegida socialmente, ni por la legislación laboral ni por la seguridad social. Y el trabajo es un derecho no reemplazable por el asistencialismo.

Se está reanudando en el mundo el debate sobre el sentido y el significado del trabajo humano y consecuentemente su valor central en la sociedad como clave de la cuestión social. Hace años un estudio de la DGB alemana, señalaba que en el tiempo el trabajo admitiría una segmentación con un 25 por ciento de trabajadores permanentes, cualificados y protegidos por convenios colectivos de trabajo; otro 25 por ciento que serán trabajadores periféricos, con empleos precarios y a capricho del empleador y un 50 por ciento que serán marginales, desempleados o subempleados, con trabajos ocasionales, lo que se denomina como "trabajos humildes".

Un informe de la OIT señala que hay en el mundo 3000 millones de personas –esto es casi la mitad de la población mundial– que vive en la pobreza. Pero también hay 1000 millones de trabajadores subempleados o semiempleados, y la pobreza, según el estudio, no se limita a los países en desarrollo, porque el 10 por ciento de la población de los países más industrializados en el mundo vive con menos de la mitad del salario promedio del resto. Por eso el informe está centrado en la situación de "los pobres que trabajan" y en "los pobres que no tienen trabajo".

El propio titular de la organización, el chileno Juan Somavía, señala que "este modelo de globalización no está entregando los puestos de trabajo decente que las sociedades necesitan, porque no sólo estamos en los niveles más altos de desempleo, sino que además está el subempleo y todo lo que es el trabajo precario, y esto ya no es un problema de política económica, es un problema político". Qué duda cabe acerca de la necesidad de humanizar el mundo del trabajo.

Más allá de que el añadido de "decente" a la caracterización del trabajo es confuso, porque lo que puede resultar indecente es el empleo precarizado salvajemente, nunca el trabajo, lo que alarma es la creciente cantidad de jóvenes sin posibilidades, por lo que se calcula que ya hay "un número ingente de jóvenes frustrados ignorantes o desempleados, lo que podría tener efectos devastadores en el desarrollo a largo plazo".

Trabajo y pobreza

El trabajo decente está íntimamente ligado a la pobreza más extrema y fue analizado tanto en el Consenso de Buenos Aires, firmado entre la Argentinay Brasil, como también en las deliberaciones de la Cumbre Iberoamericana de las Américas. Más allá de lo formal que terminan siendo estas reuniones, más declamativas que prácticas, lo importante es determinar cómo dimensionan los gobernantes las respuestas a las demandas de los sectores más vulnerables. Para la Unicef, "los hijos de los pobres no tienen acceso a la educación, se enferman, están mal alimentados, no acceden a empleos productivos, no tienen capacitación, no tienen crédito y con ello se autogenera la pobreza". Y si los jóvenes ocupan la franja más significativa del complejo mundo de los sin trabajo, no es menor la situación de las mujeres, teniendo en cuenta que la mayoría de los hogares pobres son monoparentales. Correlacionado con esto, se está produciendo un regresivo y extenso proceso de "infantilización de la pobreza".

Es la región toda la que presenta una imagen por demás deteriorada en este continente que ha sido calificado como el más inequitativo. A despecho de lo que sostienen los grupos de poder internacionales más concentrados, los acuerdos comerciales no siempre revierten estas situaciones extremas. En general las agudizan. Hace poco más de 10 años, México accedió a firmar un Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá, lo que permitió un aumento de la productividad del 50 por ciento, pero en cambio los salarios descendieron en un cinco por ciento y los expertos señalan que el mercado se ha visto inundado por los cereales subvencionados del país del Norte, provocando que dos millones de campesinos perdieran su medio de subsistencia, en un país con marcada población rural.

La Argentina se ha latinoamericanizado y quizás esto tenga su costado saludable en tanto nos reconozcamos en un destino común con el resto, a partir de una identidad nacional y latinoamericana sustentada en el rechazo al individualismo suicida. Pero por otro lado está obligando a nuevas prácticas y estrategias en la resolución de la crisis.

La mayoría de los trabajadores sin trabajo, sobre todo en el conurbano bonaerense, conviven con miles y miles de provincianos desplazados, representando una verdadera avanzada de argentinos que resisten la pobreza y la miseria en otras latitudes excluidas, lo que identifica el país real. Antes de encarar la recta final hacia la Casa Rosada, el ahora presidente Néstor Kirchner, suscribía que "se puede hacer una Argentina distinta" y en su plan de gobierno proponía "recuperar la moral del trabajo como reconstructor del orden social, apuntando a incorporar al desocupado al campo productivo mediante la generación de empleo digno y estable". En esta orientación hay un papel irremplazable que tendrá que asumir responsablemente el movimiento sindical, en todas sus vertientes, para evitar quedar encosertado sólo en la defensa de los intereses de los que tienen trabajo, asumiendo que la mayoría de los trabajadores no están organizados. La crisis interpela al sindicalismo tradicional y empuja a una discusión, hasta ahora retardada, sobre el nuevo rol de los sindicatos.

El investigador inglés Peter Townsend concluyó en uno de sus trabajos que "la pobreza mata", por lo que avanzar en una política de pleno empleo es el mayor desafío de esta etapa de la democracia, apuntando a un país distinto en el que el valor subjetivo del trabajo vuelva a constituir la centralidad de una nueva sociedad, más justa y más solidaria

* acarazo@sitioima.com.ar



EL TRABAJO Y UN EJERCICIO DE BUENA MEMORIA

POR OSCAR CASTELLUCCI *

No olvidemos nunca que el trabajo es un derecho y un deber, y que es la única acción que permite el despliegue humano del ser.

A los habitantes del siglo XXI de este continente sudamericano marginado, la catarata mediática suele hacernos olvidar las cosas más evidentes y sencillas, y nos enclaustra en laberintos de los cuales no puede salirse sino por arriba. Abrumados por una supuesta sobredosis de información -nada más parecido a la desinformación más absoluta– perdemos de vista las cosas más obvias. Así, nuestra memoria parece deambular extraviada por la realidad sin permitirnos vincular los datos de nuestra propia experiencia, producto de nuestra propia historia cotidiana.

Nos están colocando al borde de un abismo sin retorno: muchos de nuestros jóvenes –siempre la última oportunidad (como lo fuimos nosotros de las generaciones pasadas)– están a punto de ser convencidos de que ya no hay posibilidades, porque todo ha sido siempre igual a lo que es hoy. Una ecuación que tiene una resolución ideal para los de afuera, que provocan y se nutren de nuestra postergación y para sus socios internos que son sus instrumentadores necesarios: Sin pasado, no hay futuro.

Desafiemos a los profetas de la genuflexión perpetua. A los que insisten en indicar al aeropuerto de Ezeiza como la única salida. Digámoslo y repitámoslo todas las veces que sea necesario: la inviabilidad de un futuro digno y construido por nosotros es una falsedad absoluta o, en el mejor de los casos, una equivocación (tan absoluta como la falsedad). Nuestra Argentina fue alguna vez (una muy precisa vez) un País (así, con mayúscula) en serio. Hubo un tiempo en que la felicidad del pueblo y la grandeza de la Nación fueron algo más que un slogan que algunos todavía repiten sin saber muy bien de qué se trataba. Hubo un tiempo en que se podía soñar con un futuro mejor, sencillamente porque aquel presente era mejor que su pasado reciente de oprobio y postergación.

No nos extraviemos en una maraña de palabras huecas e imperdonablemente vacías de ideas ni en discusiones estériles. Qué importa si aquel Gobierno surgido de la voluntad del pueblo que propició esa circunstancia histórica determinante era burgués, bonapartista o (muy o un poco) revolucionario. Si era capitalista o anticapitalista o si propiciaba un capitalismo diferente.

Aquel Gobierno de una Argentina que pensaba en grande (porque pensaba y ejecutaba para la mayoría de su pueblo) se atrevió a erigir en realidad un principio que lo definía por encima de todo otro principio: gobernar es crear trabajo. Porque eso fue exactamente lo que hizo. Y lo hizo hasta las últimas consecuencias.

El artífice y conductor de aquel proyecto nacional lo expresó con su estilo sencillo y contundente en *La hora de los pueblos*: "Lo económico tendrá solución a poco de que alguien se ocupe con inteligencia y sin intereses espurios que lo presionen. Cuando en 1946 el justicialismo llegó al gobierno se encontró con un país descapitalizado, endeudado y con servicios financieros en divisas que le llevaban anualmente casi todo el producto del trabajo del pueblo argentino. Era un país 'subdesarrollado', adjetivo que se aplica comúnmente a los países descapitalizados por la acción expoliadora del imperialismo y a los que se quiere presentar poco menos que por incivilizados. Nuestros países, faltos de capital, no pueden impulsar su desarrollo, porque en el negocio de los países pasa lo que en todos los demás negocios: el desarrollo se impulsa a base de inversión. Siendo ello así, nuestra solución estaba en capitalizar al país. Un país se capitaliza de una sola manera: trabajando, porque nadie se hace rico pidiendo prestado o siendo objeto de la explotación ajena. Todo consistía entonces en organizarse para trabajar, crear trabajo y poner al pueblo argentino a realizarlo, porque el capital no es sino trabajo acumulado. Esto no era difícil en un país donde todo estaba por hacerse".

Y, consecuentemente, para garantizar al trabajo de los argentinos que se preocupó por crear, más allá de los discursos de tribuna y de ocasión, para que el producto de su esfuerzo quedara en sus propias manos y no viajara a engordar bolsillos ajenos, nacionalizó la banca, los servicios públicos, los seguros y los reaseguros, repatrió la deuda externa, creó la flota mercante y la aérea, y diseñó y ejecutó esas dos formidables herramientas que fueron los planes quinquenales como parte estratégica de una política económica que no estaba orientada ni por las sugerencias ni por las imposiciones del Fondo Monetario Internacional (porque, entre tantos olvidos, vale la pena recordarlo, la Argentina ingresó a ese organismo creado por los acuerdos de Bretton Woods de 1944, recién en 1956, necesariamente luego de que el peronismo fuera derrocado y reemplazado por una dictadura militar).

Esas ideas fueron tan revulsivas para el establishment, que decidió condenarlas al olvido más absoluto (porque su sólo recuerdo ponía en cuestión su propia existencia y, sobre todo, sus suculentas ganancias).

Lo revulsivo para los repetidores de ideologías (dominantes) no fue el acento puesto por el peronismo en la industrialización como estrategia de crecimiento; ni la aceleración de la transformación del Estado en un ente regulador y empresario; ni, tampoco, el decidido proceso de nacionalizaciones de los servicios públicos. Al fin y al cabo, todas esas fueron medidas económicas que estaban en consonancia con lo que suele llamarse el "clima de la época" en el que aquel peronismo no alcanzaba no sólo a constituirse en paradigma sino que, en términos generales, parecía no apartarse demasiado de las recetas keynesianas en boga en el período de posguerra (regulación de las tasas de interés para incentivar la inversión, aumento de la demanda total para superar la recesión, transformación del Estado en empresario). La cuestión, la verdadera cuestión, fue (y no ha dejado de serlo nunca) la redistribución de los ingresos a la que obligó la situación de pleno empleo (y el modo, la profundidad y la celeridad con que fue llevada a cabo).

Aunque ¿vale la pena discutir si el concepto se correspondía estrictamente con las teorías de John Maynard Keynes o tiene más fuerza considerar la no mensurable erradicación de las ominosas e interminables colas madrugadoras de los jóvenes (y no tanto) que buscan infructuosamente trabajo sin conseguirlo?. Lo importante es que con la política de crear trabajo, el salario creció hasta alcanzar niveles que, lógicamente no volverían a repetirse (no casualmente sino hasta la etapa del tercer gobierno peronista y, luego, nunca más).

Para muestra basta un botón: la distribución del ingreso neto interno entre trabajadores y sectores empresarios, profesionales, propietarios y rentistas hacia 1954 indicaba un 56,4 por ciento para los primeros y 43,6 por ciento para los segundos. Vista la gigantesca y permanente transferencia que se operó después de esa fecha en sentido contrario queda claro y no sorprende por qué y quiénes aplicaron y siguen aplicando las mismas recetas económicas con cosméticas variantes y qué significa cuando desde el campo de la economía (de concepción monetarista) se sostiene lo nocivo de la preeminencia de la política sobre la economía. Queda claro, también, cuál es el camino que hay que recorrer para revertir un proceso de medio siglo de exclusión social que ha condenado al hambre y a la miseria a millones de argentinos.

En las puertas del siglo XXI, cuando parecen resurgir las posibilidades de que seamos protagonistas de la construcción del proyecto nacional que definirá nuestros próximos cien años, debemos aprestarnos a ser protagonistas de ese debate crucial. Para hacerlo con idoneidad no debemos atiborrarnos de datos y de teorías (útiles, naturalmente, en segunda instancia). Hay unos pocos principios a los que deberemos guardar fidelidad si queremos ser consecuentes con la idea de luchar por una sociedad más justa, equitativa e inclusiva. Sobre todo, uno que nos permitirá ingresar bien pertrechados a la discusión: no olvidemos nunca que el trabajo es un derecho y un deber, y que es la única acción que permite el despliegue humano del ser.

En nuestra Patria todavía está todo por hacerse y el trabajo debe convocarnos para hacer realidad nuestros sueños. Lo demás vendrá por añadidura. Como ya sucedió en esta especie de utopía del pasado que tenemos la obligación de mantener viva en la memoria ■

* *oscar@castellucci.com.ar*

LA DURACIÓN DEL TRABAJO EN LOS PAÍSES DE LA UNIÓN EUROPEA

POR JAQUES FREYSSINET *

En Europa los trabajadores han comenzado a aceptar diversas formas de flexibilización del tiempo de trabajo por la amenaza omnipresente del traslado de la producción hacia los nuevos países adherentes de Europa Central y Oriental.

Los países miembros de la Unión Europea, con la excepción del Reino Unido, han conocido, durante las décadas del '80 y '90, una fuerte tendencia a la reducción de la duración del trabajo. Fue el resultado de la extensión del trabajo a tiempo parcial y de la reducción del horario promedio de los trabajadores con jornada completa. Como contraparte de la reducción del tiempo de trabajo, los asalariados han debido aceptar diversas formas de flexibilización del tiempo de trabajo. En momentos en que las pobres performances económicas se prolongan en la Unión Europea, parece paradójico ver al patronato, apoyado de forma más o menos abierta por ciertos gobiernos, comprometerse en una ofensiva sobre el tema del aumento de la duración del trabajo. Los ejemplos de Alemania y de Francia, donde las tasas de desempleo son cercanas al 10 por ciento, ilustran particularmente esta paradoja.

El argumento central de la patronal es el de la competitividad, la amenaza omnipresente es la del traslado de la producción, en particular hacia los nuevos países adherentes de Europa Central y Oriental. Pero, ¿por qué prolongar la duración del trabajo cuando la oferta de mano de obra es sobreabundante?, salvo en el caso, poco importante cuantitativamente hablando, de penurias de ciertas especializaciones.

La repuesta está en un objetivo más amplio: la reducción de los costos salariales, sobre todo gracias a la flexibilidad de la organización del trabajo.

Dos casos extremos han llamado la atención de la opinión pública y de los actores sociales en los últimos meses. En Alemania, la multinacional Siemens había anunciado su decisión de trasladar a Hungría la actividad de dos fábricas, que emplean 4000 asalariados, que producen teléfonos celulares. Después de difíciles negociaciones, fue firmado un acuerdo el 24 de junio con el sindicato IG Metall. Los asalariados aceptan el aumento de la duración semanal promedio de trabajo de 35 a 40 horas sin aumento de salario, esta duración es flexible y calculada sobre la base anual, es decir 1760 horas por año. Por otro lado, la supresión de diferentes primas engendra, para ellos, una pérdida equivalente a cerca de medio mes de salario. En contrapartida, la dirección se compromete a realizar en las dos fábricas una inversión adicional de 30 millones de euros y a renunciar durante dos años al traslado de la producción. Se trata entonces de sacrificios para salvar el empleo. El sindicato afirmó el carácter excepcional de este acuerdo, sin embargo, el mismo día firmaron, a nivel del grupo –Siemens emplea 167.000 asalariados en Alemania– un acuerdo marco que prevé la posibilidad de acuerdos análogos en otras fábricas "luego de agotadas de toda otra posibilidad".

En Francia, la multinacional Bosch –emplea 10.000 asalariados en 19 unidades de producción– había anunciado la supresión, antes de 2008, de 300 empleos en una de sus fábricas que emplea 800 asalariados. Un acuerdo, firmado con los sindicatos mayoritarios en la fábrica y sujeto a la aprobación de los asalariados –menos del dos por ciento rechazaron el acuerdo de junio pasado– prevé el aumento de 35 a 36 horas de duración semanal promedio del trabajo sin compensación salarial. Asimismo, otras concesiones aseguran, en total, una reducción del 12 por ciento del costo salarial horario. En contrapartida, la firma se compromete a invertir 12 millones de euros, lo que permitirá salvar 190 de los 300 empleos amenazados evitando el traslado de la producción.

Por el momento estos acuerdos tienen un carácter excepcional y no cubren más que un pequeño número de asalariados. Sin embargo, su aspecto simbólico es muy fuerte y parece que numerosas negociaciones del mismo tipo han comenzado de manera discreta. Al nivel de las fábricas, el chantaje del traslado ejerce una presión considerable sobre los asalariados y no es fácil a los sindicatos o a los Comités de Empresa (Betriebsräte en Alemania) resistir a este acuerdo. Sólo la protección de la legislación o las convenciones colectivas de rama permiten evitar la puesta en competencia sistemática de los asalariados de diferentes fábricas de un mismo grupo a escala nacional.

La evolución actual no va en este sentido y, por otro lado, esta protección sería parcial ya que ella solamente cubriría las fábricas de un mismo país pertenecientes a firmas multinacionales.

Se trata entonces de un problema de normas internacionales de trabajo, así como también de negociaciones colectivas a escala internacional o, al menos, a escala de la Unión Europea. A este nivel también la evolución es inquietante. La Unión Europea está revisando su Directiva de 1993 relativa al tiempo de trabajo. Dos decisiones parecen ya tomadas a nivel del consejo de ministros europeos, a pesar de las protestas de la Confederación Europea de Sindicatos: por una parte, el mantenimiento de las derogaciones, por opt-out, que cada país puede introducir con relación a la duración semanal máxima de trabajo de 48 horas, por otra parte, el crecimiento de cuatro a 12 meses del período de referencia sobre lo cual es controlada la no superación, en promedio, de la duración máxima. De esta forma, serían ampliados los márgenes de libertad para una estrategia patronal de alargamiento y de flexibilización del tiempo de trabajo ■

** Jaques Freyssinet, es profesor emérito en Ciencias Económicas, de la Universidad Paris I Panteón Sorbonne.*

Traducción del francés de Miguel Zanabria.

DESTRUIR LIBERALIZANDO O CONSTRUIR CON POLÍTICA

POR ALEJANDRO NACLERIO *

Si no hay conocimiento, la riqueza momentánea se transforma en una cáscara que esconde un futuro hundido en la pobreza. Esto es lo que sembró el liberalismo en la Argentina.

Durante los años '90 el pensamiento liberal es llevado a la práctica. La Argentina es considerada en el mundo como el país modelo, donde el sueño dorado de todo pensador apegado al liberalismo se hace realidad. Esta filosofía sostiene que gracias a la desregulación de mercados, a las privatizaciones, a la apertura comercial, etc., la economía sentó las bases para un crecimiento y un bienestar más alto para los argentinos. Por otro lado, no es difícil aceptar la idea de que el liberalismo fue el causante de la peor crisis social y económica de la historia argentina. Sólo basta echar un vistazo a los indicadores macroeconómicos y sociales que se deterioran desde fines de 1998 y el posterior doloroso entierro de la Convertibilidad luego del estallido de diciembre 2001. Independientemente de esta cuestión, expertos del Banco Mundial y del FMI, sostienen que entre los años 91-98, el liberalismo económico funcionó aceptablemente en la Argentina hasta el año 1998, como un capitalismo próspero y un remarcable dinamismo propio, más allá de los problemas de distribución del ingreso y del "tequilazo" del '95. En este marco, digamos que la competitividad de la economía argentina se refuerza gracias a las políticas promercado.

Sin embargo, hay que tener en cuenta que la capacidad productiva de un país depende del acervo de conocimientos que posee la organización de trabajo para producir, innovar y ganar mercados. Algunos economistas hablan de "la nueva economía fundada en los conocimientos", ya que actualmente los productos tienen incorporados una proporción de conocimientos relativamente mayor que algunas décadas atrás. Es por esto que uno de los factores centrales del desarrollo económico es la capacidad de generar y aplicar conocimientos. Entonces, más allá de mirar la performance económica lo importante es mirar cuántas capacidades se acumulan o desacumulan en un período determinado. Estas capacidades dependen no sólo de la formación de la fuerza de trabajo sino también de la dirección y la especificidad del sector productivo. Digamos luego que la acumulación de conocimientos depende de una multiplicidad de elementos y que son in fine fundamentales para fortalecer la economía. Ahora bien, sería lógico pensar que el sistema económico se hace más vulnerable si el acervo social de conocimientos se degrada.

Si observamos los datos sobre las características de los recursos humanos empleados por el sector productivo durante el período del llamado "éxito liberal" (1991-98) vemos que el aparato de producción emplea menos conocimientos y capacidades hacia el final que al principio de este período. Por ejemplo, si se miran datos proporcionados por el INdEC (las ocupaciones en el área metropolitana de Buenos Aires. Serie estructura ocupacional) podemos determinar que los puestos de trabajo de apoyo tecnológico –aquellos puestos que refieren a los esfuerzos científicos y tecnológicos aplicados a la producción de bienes y servicios, a la investigación y desarrollo y a la tecnología de equipamiento– no sólo no han aumentado sino que han disminuido casi un 20 por ciento. Si además observamos las calificaciones definidas como el grado de complejidad de las tareas ejecutadas y como las necesidades de conocimientos y de habilidades técnicas de los trabajadores, vemos que las calificaciones más altas "los científicos profesionales" que desarrollan actividades de apoyo tecnológico han disminuido un 72 por ciento. Dicho de otra forma, los puestos de trabajo más calificados que alimentan el acervo social de conocimientos disminuyen fuertemente y devienen menos importantes en el total de puestos de trabajo, al mismo tiempo que la economía argentina es elogiada por reputados pensadores liberales. La pregunta que nos parece pertinente plantear es si ¿es posible generar una economía sólida con crecimiento y mayor bienestar al mismo tiempo que el saber disminuye? Posiblemente sea cierto que hubo modernización tecnológica y también sea cierto que las unidades de producción que quedaron en el mercado sean las que producen en las mejores condiciones competitivas. Pero lo que también es cierto es que la terciarización y particularmente la valorización financiera acompañada de un proceso importante de extranjerización disminuye los esfuerzos endógenos por generar nuevas tecnologías. En consecuencia, las posibilidades de innovación se evaporan y las tecnologías dominantes se conciben en el norte industrializado y en otros países en desarrollo que aprendieron la lección de que una economía sólida es una economía que produce antes que nada conocimientos. Por ejemplo, los países del sudeste asiático que vienen manteniendo una agresiva política industrial desde hace más de tres décadas, o los que van a ser sin duda las nuevas potencias del siglo XXI, es decir China y también la India. El secreto de estos países no es liberalizar como en la Argentina menemista con los ojos cerrados y eliminar el Estado de la economía acusándolo de todas las plagas económicas. Al contrario, las potencias se construyen con un Estado que apuesta a la educación y a estimular un sector industrial estratégico que genere efectos sistémicos para el conjunto de la economía.

En fin de cuentas, cuando el saber no es prioritario, la recuperación de las crisis, a las cuales está acostumbrado el mundo en desarrollo, deviene cada vez más difícil de remontar. Es decir, revirtiendo la hemorragia financiera, un país puede recuperarse de los cachetazos que pega el mercado mundial, pero esta recuperación no sirve de nada si no se sabe cómo y en qué utilizar ese financiamiento. Y si no hay conocimiento, la riqueza momentánea se transforma en una cáscara que esconde un futuro hundido en la pobreza. Esto es lo que sembró el liberalismo en la Argentina. El presente y el futuro son un desafío, no por el éxito en las negociaciones con los organismos multilaterales y bonistas, sino por la estrategia de política industrial que se tenga para construir una base social de conocimientos ■

** Alejandro Naclerio es doctor en Ciencias Económicas, diplomado en la Universidad Paris XIII.*

EL SINDICALISMO DE LA CUT FRENTE AL BRASIL DE LULA

POR MARÍA SILVIA PORTELA DE CASTRO *

La disyuntiva es apoyar a un gobierno en el que se refleja y al mismo tiempo no perder su autonomía, pues si no es capaz de interpretar las demandas de los trabajadores y trabajadoras que representa corre el riesgo de debilitarse.

En la década de 1978 a 1988, la Central Unica de Trabajadores (CUT) supo utilizar la redemocratización del país y, mediante una práctica sindical muy ofensiva, logró organizar y consolidar su representación. Enseguida tuvo que enfrentar, como la mayoría del sindicalismo latinoamericano, la década neoliberal, donde pudo resistir para sobrevivir, hasta llegar al escenario actual, sólo comparable tal vez con la situación que vivió el antiguo Comando General de los Trabajadores, en el período de Joao Goulart, entre 1962 y 1964 (pero en un Brasil que era muy diferente al de hoy y en el cual la presente dirigencia sindical, en su mayoría, no había nacido).

La CUT es muy cercana al gobierno. Cerca del 80 por ciento de sus dirigentes son afiliados o simpatizantes del Partido de los Trabajadores y más de 30 ex dirigentes de la CUT están en cargos de primer nivel (ministros, secretarios, directores de empresas, etc.), además de otros muchos de menor rango. Esto la pone en una situación contradictoria: Apoyar a un gobierno en el que se refleja y, al mismo tiempo, no perder su autonomía, pues si no es capaz de interpretar las demandas de los trabajadores y trabajadoras que representa corre el riesgo de debilitarse, como ya pasó con otras centrales europeas y la socialdemocracia en los años 80.

El primer desafío que tuvo que enfrentar la CUT, encabezada por el metalúrgico Luis Marinho, fue mejorar el diálogo con las demás centrales sindicales para no permitir que hicieran una oposición dura al gobierno y, mucho menos, que la corrieran por la izquierda. En eso viene teniendo éxito, además de la actuación unitaria en el Forum Nacional del Trabajo -que discute la reforma laboral–, Marinho logró juntar a las cinco centrales sindicales en más de una campaña de reivindicaciones laborales, como el aumento del sueldo mínimo y, más recientemente, por la reducción de la jornada de trabajo.

El segundo reto que enfrenta la CUT es la reforma laboral. Después de ocho meses de negociaciones, el FNT, que es tripartito, acordó un proyecto de reforma que ahora está en el Congreso. La propuesta no contempla una vieja aspiración de la CUT, la plena libertad y autonomía sindical, pero puede significar una depuración de la estructura sindical brasileña –más del 50 por ciento de los sindicatos tienen menos de mil afiliados– y las viejas confederaciones, salvo la Contag, de los trabajadores agrarios, que es parte de la CUT, poco representan. De acuerdo con el proyecto, en cinco años los sindicatos, federaciones y confederaciones tendrán que tener un mínimo de afiliados y organizaciones locales y estaduales para poder mantener la personería jurídica –la misma exigencia se hará para las centrales sindicales– y se pondrá fin a la contribución financiera compulsiva que por más de 65 años sostiene la estructura sindical. Otro tema importante es la creación del delegado sindical, hoy inexistente. Los cambios favorecerían, sobre todo a la CUT, que tiene grandes sindicatos afiliados. Pero también el Congreso puede aprobar alteraciones en la reforma propuesta y fragilizar la hegemonía de la CUT.

Otro cambio importante que venía produciéndose, y que ahora toma mayor impulso, es la diversificación del trabajo sindical. La CUT creó la Agencia de Desarrollo Solidario (ADS) hace unos seis años y el mes pasado fundó una Confederación de Cooperativas; dos instrumentos para auxiliar a los sindicatos a generar puestos de trabajo, a lidiar con empresas en quiebra y a ayudar a crear cooperativas de producción, de servicios y de crédito. Algunas de las fuentes importantes de financiamiento para ese programa son, sin duda, las agencias del gobierno como, por ejemplo, el BNDES, Banco de Desarrollo.

En la otra punta viene la pelea por el aumento de los salarios. Si en el primer año del gobierno de Lula, la CUT fue modesta en sus presiones -prácticamente sólo el sindicalismo del sector público se movilizó contra la reforma provisional– ahora, frente a los resultados positivos de producción y exportación, hay una coyuntura favorable a las presiones laborales, principalmente en sectores industriales de punta y en los bancos. Frente a la euforia del gobierno con el crecimiento del PBI –que puede superar este año el cuatro por ciento–, las primeras campañas por la renovación de convenios ya demuestran que la temperatura comenzó a subir.

Pero será principalmente en las grandes empresas que la presión sindical debería aumentar. La industria brasileña presentó en ese primer semestre un crecimiento comparable a los niveles de mediados de la década del 80, y a pesar de estar contratando nuevos trabajadores, sostienen principalmente la producción con un incremento impresionante de las horas extras. Hay empresas como Bosh y Mercedes, del sector automotor, que para atender a las ventas (muchas externas) funcionan de domingo a domingo. Un ejemplo es la huelga de la Ford en Bahía donde los trabajadores piden una reducción de tres horas en la jornada de trabajo. La CUT pretende no quedar atrás e inició una campaña con ese objetivo. Incluso en su anuncio, Luis Marinho dijo que iría a proponer a sus pares de los países del Mercosur una campaña conjunta contra las horas extras. Buscar mejorar los salarios y las condiciones de trabajo, aun en similares condiciones que durante el gobierno anterior, es un reto que la CUT tiene que enfrentar "sí o sí" en este momento.

En conclusión, hay que señalar que se presenta una coyuntura decisiva frente a la cual la CUT todavía no avanzó, porque tal vez no haya percibido su importancia, y es la que supone la oportunidad de consolidar un Estado más democrático en el momento en que los sindicalistas tienen un gobierno aliado.

El Consejo Consultivo Económico y Social y prácticamente todos los Ministerios han creado consejos y organizado forums de consulta, pero es baja la institucionalidad, y el sindicalismo no ha planteado una política clara de cambios en diferentes áreas de las políticas públicas. Los ámbitos de consulta institucionales, sobre todo los descentralizados (y hay muchos) tienen que servir para que la sociedad organizada tenga más control sobre la acción del Estado y sobre la cantidad y calidad del servicio público. Y en Brasil, áreas como salud, educación, seguridad y alojamiento están en una situación bastante dramática. El mayor y mejor control y participación social no vendrán del Estado; cabe a las organizaciones sociales más fuertes, como el sindicalismo, y en especial la CUT, el poder lograrlo.

** María Silvia Portela de Castro es socióloga, magister del Programa de Integración de América Latina de la Universidad de San Pablo.*

EDUCACION PARA UN FUTURO DE TRABAJO

POR VÍCTOR SANTA MARÍA *

Hay que multiplicar las alternativas de capacitación y educación, partiendo de reconocer su importancia estratégica como práctica y recurso para una recuperación definitiva de nuestro potencial colectivo.

Los argentinos nos encontramos en el inicio de una nueva etapa de nuestra vida nacional. Con la asunción del presidente Néstor Kirchner dejamos atrás una de las páginas más oscuras de nuestra historia, que se inició el 24 de marzo de 1976. Nos quedan todavía las consecuencias de más de un cuarto de siglo de destrucción sistemática del país, pero ya estamos avanzando en el sentido de la recuperación de nuestra dignidad, asumiendo la responsabilidad colectiva de volver a ser Nación.

El aspecto fundamental de la fragmentación social que sufrimos está indisolublemente ligado a la cuestión laboral y a la desocupación endémica que ha generado el modelo de no-país instaurado durante la última dictadura y profundizado en la década del '90.. Fue así que una vorágine de concentración económica y exclusión social dejó al país en ruinas.

La persecución sistemática a las organizaciones de trabajadores que se desarrolló complementariamente al terrorismo de Estado encontró su continuidad en una desarticulación terminal del aparato productivo nacional y un endeudamiento externo que hipotecó nuestro futuro. El proceso de privatización de los servicios públicos fue el golpe de gracia para un Estado que fue reducido a su mínima expresión, relativizando al extremo su capacidad para dar respuesta a las necesidades sociales, que quedaron cautivas de la ley de hierro del mercado, donde sólo pueden atenderla aquellos que cuentan con los recursos para hacerlo.

El continuo deterioro de las condiciones de trabajo en un mercado laboral que no hizo sino contraerse, aumentando el ejército de reserva de desocupados a niveles inéditos, tuvo su correlación en un descenso en picada de la calidad de vida de un sector creciente de la población. Esto significó asimismo un retroceso en la cultura del trabajo que constituía una de las características más difundidas en el cuerpo de nuestra sociedad, al tiempo que se fueron consolidando síntomas de descomposición social de la mano del incremento de la marginación y la pobreza hasta alcanzar prácticamente a la mitad de la población.

El carácter estructural del daño que se ha hecho al tejido social hace que debamos descartar cualquier salida mágica que pretenda hacer que se disuelvan nuestros problemas de un día para otro. Los argentinos hoy hemos retomado el camino correcto en el sentido de volver a ser los artífices de nuestro propio destino, pero nos encontramos apenas en el principio y aún es mucho lo que nos resta por hacer.

Es tan grande la tarea que nos queda por delante, que no parece razonable convertirnos en espectadores, sino que antes bien resulta necesario movilizar la iniciativa y la creatividad del conjunto de los ciudadanos e instituciones comprometidos con el bien común y con la voluntad de reconstituir nuestro tejido social.

Hoy sabemos que no es cualquier desarrollo el que necesitamos. Todavía sobrevive cierto imaginario que asocia el pleno empleo con chimeneas humeantes. Sin embargo, es otro el tiempo que tenemos por delante. Hoy las industrias más productivas son industrias sin chimeneas, donde el insumo fundamental es el conocimiento, la información, la creatividad, en síntesis, las capacidades humanas. Industrias vinculadas con la cultura, el entretenimiento, la comunicación, el turismo.

La evolución de los mercados laborales en el marco del proceso de globalización fue consolidando, lo que se ha dado en llamar una sociedad del conocimiento, en la que la información y la comunicación cumplen un papel central en cuanto al valor agregado que puede aportar el trabajador. De esta manera, en el contexto actual, no quedan dudas acerca del valor económico del conocimiento, que se ha constituido en el insumo básico que permite la inserción laboral y la permanencia en mercados de trabajo cada vez más exigentes.

De todo esto puede deducirse que en el marco actual, la herramienta fundamental con la que contamos para reconstruir nuestra capacidad laboral como país es la educación. Teniendo en cuenta que debe ser a la vez socialización y capacitación. Socialización en el sentido del potencial que ha demostrado tener la educación pública en varias etapas de nuestra historia para integrar al individuo al colectivo social, haciéndolo partícipe de los contenidos de un proyecto nacional para el conjunto. Y capacitación, entendida como la adquisición de conocimientos y habilidades útiles para la inserción laboral en términos de dignidad, que permita al individuo la realización personal y una participación activa en el ámbito comunitario al que pertenece.

En el contexto de la reconstrucción nacional, podemos afirmar que la educación es ante todo un ejercicio de responsabilidad social ante nuestro futuro común como sociedad. Es por eso que el aporte educativo que se brinde a la sociedad es la medida del ejercicio de una ciudadanía plena y militante por parte de organizaciones tanto estatales como del sector privado y la sociedad civil y sus organizaciones sociales.

No se trata de alcanzar un nivel necesario de capacitación social para el desempeño en los cada vez más exigentes mercados laborales del presente que vivimos. En un contexto global de exacerbada competitividad, la educación nunca es demasiada, ni mucho menos suficiente. Siempre hay nuevos umbrales que superar. Y se trata básicamente de abrir un proceso de democratización del conocimiento. Y asumirlo intensivamente.

Esto sólo será posible en la medida que multipliquemos las alternativas de capacitación y educación por todos los medios a nuestro alcance, partiendo de reconocer su importancia estratégica como práctica y recurso para una recuperación definitiva de nuestro potencial colectivo. Porque en educación no se trata solamente de calidad académica, sino fundamentalmente de la accesibilidad efectiva a la educación por una parte creciente de la población: no sólo calidad, también cantidad de personas.

En la medida que avancemos en ese sentido, el país en serio que nos proponemos ser, con justicia social y una calidad de vida digna para todos, estará cada vez más cerca de concretarse en la realidad.

** vsantamaria@sitoima.com.ar*